

17 de marzo de 2024 - 5º domingo de Cuaresma "B"

[Jer 31:31-34; Heb 5:7-9; Jn 12:20-33](#)

### Homilía

El texto de Jeremías que hemos escuchado en la primera lectura de la misa es uno de los más bellos de la Biblia sobre la conversión. En primer lugar, describe la conversión no como un simple cambio de comportamiento, o como la sustitución de un "ego" por otro "ego", sino como un profundo cambio de corazón. Y por este cambio de corazón se entiende no sólo un corazón más puro, un corazón que desea cosas más bellas, sino un corazón que está tan profundamente imbuido del Espíritu de Dios que desea espontáneamente todo lo que Dios mismo desea. *"Pondré mi Ley en lo más profundo de ellos; la escribiré en sus corazones... Ya no tendrán que enseñar a cada uno su compañero... Porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande"*.

Se trata de una obediencia "radical" a Dios. Radical, ya que es una obediencia desde la misma raíz (*radix*) de nuestro ser.

Pero, ¿cómo consigue Dios este cambio? ¿Cómo nos enseña su ley? ¿Cómo aprendemos a obedecer? -- No hay otro camino que el que Cristo nos enseñó; el que Él mismo utilizó.

La Carta a los Hebreos nos habla de sus oraciones *"con un fuerte grito y con lágrimas"*, y añade que *"aprendió la obediencia con los sufrimientos de su pasión"*. ¿No hemos experimentado todos que las cosas más importantes de la vida se aprenden con el sufrimiento mucho más que con toda una vida de estudios? El texto añade también que Cristo se ha convertido en fuente de salvación para todos los que le obedecen. Por eso, estamos llamados a obedecerle, como él mismo obedeció al Padre, de la misma manera radical, es decir, mediante una entrega radical de todo nuestro ser en sus manos. ¿Y cómo podemos aprender la obediencia si no es como Él mismo lo hizo, es decir, a través del sufrimiento?

Por eso nos dice en el Evangelio: *"Si el grano de trigo cae en la tierra y no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida la pierde; el que la pierde en este mundo la guarda para la vida eterna"*.

¿Qué significa esta enigmática frase que encontramos varias veces en el Evangelio (en formas ligeramente diferentes): *"el que ama su vida la pierde; el que pierde su vida en este mundo la salva para la vida eterna"*? Salvar la vida significa aferrarse a ella, aferrarse a ella por miedo a la muerte. Perder la vida significa dejar ir,

desprenderse, aceptar morir. La paradoja es que el que teme la muerte ya está muerto; mientras que el que ya no tiene miedo a la muerte ya ha empezado a vivir en plenitud.

Pero, ¿por qué debería alguien estar dispuesto a sufrir y morir? ¿Tiene esto sentido? La palabra clave aquí es "compasión" (sufrir con). Lo que Jesús estaba decidido a destruir era el sufrimiento y la muerte: el sufrimiento de los pobres y oprimidos, el sufrimiento de los enfermos, el sufrimiento y la muerte de todas las víctimas de la injusticia. La única manera de destruir el sufrimiento es renunciar a todos los valores de este siglo... y sufrir las consecuencias. Sólo la aceptación del sufrimiento puede superar el sufrimiento en el mundo. La compasión puede destruir el sufrimiento sufriendo con los que sufren y en su nombre. La simpatía por los pobres que no está dispuesta a compartir su sufrimiento es una emoción estéril. No se puede participar en las bendiciones de los pobres sin estar dispuesto a compartir sus sufrimientos. Lo mismo puede decirse de la muerte.

Esto es precisamente lo que Jesús hizo por nosotros. Esto es lo que recordaremos en las próximas semanas. Saquemos de la Eucaristía la fuerza para seguir sus pasos.

Armand VEILLEUX